

llena toda la obra de ángel poético. Se establece entre la ciega y el Gaviero una amistad materno-filial, en la que están incluidas peculiaridades como una comprensible alcahuetería; la ciega es la intermediaria de las mujeres de ocasión que pueblan las soledades del Gaviero. La posadera, desde sus tinieblas, ha desarrollado una intuición que le permite «ver» a las personas y las cosas por la voz y los pasos. Las confidencias de la patrona le ponen al corriente de todo lo ocurrido en La Plata, pero no necesita de ellas para aceptar un trabajo en la empresa que puede ser su final.

Como telón de fondo a esta etapa de la contemplativa vida del Gaviero, y mordiendo la realidad física y pura, hay en la región la endémica lucha entre las fuerzas militares y grupos que no se sabe bien si lo son de guerrillas o de contrabandistas. A veces aparecen rotulados con el ambiguo nombre de criminales. Por lo que a Maqroll respecta, se está construyendo una línea férrea en la Cuchilla del Tambo, un paraje de la cordillera hasta ahora accesible sólo a lomos de mula. Y a lomos de mula el Gaviero tiene que transportar un material supuestamente ingenieril para su trazado. El intermediario es un sospechoso individuo que a trancas y barrancas logra meterle en su proyecto.

El material no es más que armas para los grupos que el Ejército persigue y a los que acabará destruyendo. Mientras, la vida se torna fronteriza, pues la precaria paz de La Plata sufre alteraciones al seguir el Ejército minuciosamente las actividades de los alzados en armas; un destacamento se implanta cual fuerza de ocupación en la aldea que parece agonizar al lado del río de aguas amarillentas. Maqroll el Gaviero presiente todo aquello y hasta las consecuencias negativas que le caerán encima; pero fiel a esta etapa de la saga mutisiana, se pone a disposición del destino sin apenas defenderse. El amor que antaño floreció en el espíritu y la carne de Ilona ahora reverdece en Amparo María, mujer de nombre tan sonoro como toda ella, y que ha venido a la vida de Maqroll como prostituta. No es la suya una prostitución de corte profesional, clásico, al que podríamos estar acostumbrados. Amparo María, huérfana desde joven a causa de la violencia caudillista, acude como otras mujeres al poblado donde hombres solitarios y pasajeros la usan a cambio de lo que bien puedan darles. Pero Amparo María da y, ante todo, busca amor, sin condiciones, al primero que esté dispuesto a fijarse en tamaña fragilidad de su ser. Al encontrar a Maqroll se juntan como el agua y la arena, aunque en el frío corazón del Gaviero sólo haya una entrega limitada, la misma que ha

proporcionado a Ilona y a Flor Estévez. Ni siquiera el poético embrujo de Amparo María hará de él el hombre sedentario, necesitado de sombra y hogar que a sí mismo se niega tercamente.

Milagrosamente el Gaviero salva el pellejo al entrar en un peligroso colaboracionismo con los militares, tras un amable chantaje de éstos. Sufre una corta prisión mientras se aclaran aspectos de su confusa personalidad y tras esto, la salida de la población, del país, o del continente... Nunca se sabrá con certeza si la sensación del Gaviero es de alegría por algo a lo que no se sabe si llamar libertad o simple trámite en su extraño deambular por la vida.

Miguel Manrique

Parecer y no ser *

Muy cerca todavía de la filosofía existencialista y su afirmación de que donde hay falta de autenticidad hay mala fe —la *mauvaise foi* que Sartre definía como «un ser que es lo que no es y no es lo que es»—, nos encontramos con la realidad de que esta exaltada autenticidad ha perdido

* El discurso de la mentira, *compilación de Carlos Castilla del Pino, Alianza Universidad, Madrid.*

terreno y popularidad y que va siendo desbancada a pasos agigantados por la inautenticidad y la mentira que se manifiesta en la manipulación publicitaria, las falsas ideologías y en los terrenos político y mercantil, por concretar unas cuantas muestras.

La mendacidad parece que ha pasado a ser una cuestión clave en el mundo en que nos movemos y somos, y de ello precisamente nos cuentan los autores de los seis ensayos compilados por Castilla del Pino, que recoge bajo el título *El discurso de la mentira*.

La definición que San Agustín hace de la mentira: «Mentir es decir lo contrario de lo que se piensa con la intención de engañar», es considerada por unanimidad como la más completa y acertada. Que la mentira ha de estar bien formada es otro de los puntos en que los seis trabajos coinciden. El compilador dice en la introducción: «La mentira que trata de hacerse pasar —para ello se miente— como verdad, ha de ofrecerse bien formada, de modo tal que precisamente su contenido sustituya eficazmente a la verdad que trata de ocultarse».

El profesor Aranguren abre esta interesante serie de ensayos hablando de la «doble» que es «astucia con la que uno obra dando a entender lo contrario de lo que siente». Es, por tanto, sinónimo de falsedad y fingimiento. Y de inmediato se plantea una importante cuestión: «Pero ¿podemos engañar perfectamente al otro si no nos engañamos primero, a la vez o ulteriormente, a nosotros mismos?». Desemboca entonces en el proceso del engañar-engañándose y, recíprocamente, del ser engañado, engañándose.

A la «autodoble» o «solapamiento», contrapone el profesor Aranguren lo positivo de lo que denomina «desdoblamiento» o «autodesdoblamiento», la aceptación de la contradicción o, por lo menos, de la no-coincidencia en que consistimos. Se trata de un interesante planteamiento. El veterano profesor de ética finaliza su trabajo con lo que él denomina una vieja canción suya. «En estrecha relación con el problema de la autenticidad o inautenticidad moral —dice— está el de la infidelidad. No podemos —añade—, ni debemos, ser fieles, ante todo, a nosotros mismos como hechos y ya dados, porque a quien tenemos que ser fieles es a la realidad, y la realidad, toda realidad, empezando por la nuestra, es cambiante».

Sinceridad: presupuesto primero

Victoria Camps, como Wittgenstein, concibe el lenguaje como un juego de convenciones donde la mentira aparece como una convención más que debe ser aprendida. Parte del punto de que el lenguaje disfraza el pensamiento y la conciencia se ve obligada a pensarse y a expresarse desde los límites y con «los disfraces» impuestos por el lenguaje. Ahora bien, aún cuando en las actuales concepciones lingüísticas palidece el concepto de verdad, ésta, o un sucedáneo de ella, la sinceridad, sigue siendo considerada como el presupuesto primero de la comunicación, «la condición inevitable del buen entendimiento», dice Camps.

La autora afirma también que la mentira en estado puro, el mentir por mentir, no se da nunca. «La mentira es un recurso —señala—, ese recurso que necesitan ciertos efectos perlocutivos para ser eficaces». Por eso, la mentira se acerca más a lo que llamamos «manipulación». Entre las formas de mentir más usuales cita siguiendo el siguiente orden: el lenguaje de la ficción; el lenguaje político; el lenguaje publicitario; el lenguaje religioso; el lenguaje cotidiano y el lenguaje profesional.

Victoria Camps distingue entre la mentira justificable y la que no lo es. «En efecto —puntualiza—, lo que hace de la mentira una injusticia condenable es la intención de engañar, la no consideración del otro como un igual, la utilización del otro como medio». Y añade: «La esencia de la mentira es la doblez, la dominación total del otro cuando éste es incapaz de detectar el engaño».

Bajo el título *Mentiras, versiones, verdades*, Amelia Valcárcel, remontándose a Nietzsche y a Hegel, nos recuerda que «la verdad de la institución niega la verdad del sujeto, la “supera”, y reclama su prioridad ontológica». En el ámbito del sujeto está la intención; en el institucional, la voluntad general. Resumiendo: «Las instituciones no mienten, los individuos sí».

El esquema nietzscheano viene a decirnos: «Simplemente no hay verdad de un modo absoluto», y el medio de conservación del individuo consiste en hacerse experto en «el engaño, la adulación, la mentira, el fraude, la murmuración, la farsa, el vivir del brillo ajeno, el enmascaramiento, el convencionalismo encubridor, la escenificación ante los demás y ante uno mismo».

Valcárcel dice más adelante: «Es evidente que quien tiene canal para hacer que determinadas alternativas puestas bajo definiciones se conviertan en «las alternativas», ése hace situaciones, establece la verdad». Este estado del mundo es denominado «el mundo de las versiones», al que dedica la autora sabrosas reflexiones.

Al finalizar su trabajo, Amelia Valcárcel no quiere dejar de recordar que «la mayor parte de las verdades importantes, de las verdades saludables, han costado sobre todo sangre. En especial si verdaderamente pensamos cambiar el método de su adquisición».

La mala fe

La máscara y los signos: modelos ilustrados es el título del trabajo de María Carmen Iglesias, que desarrolla un interesante planteamiento del enfrentamiento entre mentira y verdad en el siglo XVIII, de la máscara encubridora, y por extensión mentirosa, si se entiende por mentira la «expresión externa hecha por palabras o acciones, contraria a lo que interiormente se siente».

Diderot y Rousseau son dos puntos de referencia contrapuestos. Si el tema de Diderot es el de la máscara y el del ideal de franqueza, en el sentido de aceptación de la realidad, plural y no unívoca, y por tanto la aceptación de un cierto juego de ella, el modelo de Rousseau será el de la unidad. Unidad entendida como armonía del yo, consigo mismo y con la naturaleza. Unidad que exige transparencia y autenticidad.

En el transcurso de su ensayo, Iglesias va mostrando cómo el discurso de la «autenticidad» frente al de las «máscaras» conduce en la práctica a un universo político en donde el individuo queda anegado en la colectividad.

Para Jorge Lozano mentir es «una de las capacidades del lenguaje humano mediante signos verbales y no verbales», y hace hincapié en su interés sobre «la necesidad de relativizar el concepto de mentira». A los que fabrican el engaño está de acuerdo con llamarles maquinadores o impositores. A los engañados, inocentones, papanatas, tontorrones, memos, páñfilos, víctimas. Para Lozano, como para el poeta, «nada es verdad ni es mentira, todo es según el color del cristal con que se mira». El volumen que comentamos se cierra con un árido pero interesante ensayo de Carlos Castilla del Pino que realiza un análisis de los diversos discursos de la mentira, basándose en la formalización y la taxonomía. Este espeso trabajo queda suaviza-

do con algunos ejemplos y explicaciones refrescantes y ase- quibles al lector medio. Castilla del Pino destaca cuatro puntos fundamentales que en la mentira hay que hacer constar: la consciencia por parte del hablante de qué es lo cierto; la consciencia del carácter incierto de lo que dice; la intención de engañar, es decir, de que sea tomado lo incierto por lo cierto; la intención del hablante de que sea considerado veraz. «Por consiguiente —añade— la “mauvaise foi” es un componente del autodiscurso de la mentira».

Para acabar no quiero dejar de expresar que me produce un cierto pánico el constatar la gran cancha de que dispone la mentira para jugar en nuestro mundo actual.

Isabel de Armas

Un libro del profesor García Matos

El cante «flamenco», como todo lo grande, tiene y ha tenido a lo largo de su historia numerosos detractores y defensores incondicionales. Esto ocurre así desde que en 1783 Carlos III decidió liberar a los gitanos de las tensas